

La historia de Aitana,
la niña que recuperó la sonrisa



LUIS MIGUEL GARCÍA

MIL MILLONES DE TAPONES



Luis Miguel García

MIL MILLONES DE TAPONES

La historia de Aitana,
la niña que recuperó la sonrisa

temas de hoy.

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Fotografías de interior: propiedad del autor

Edición: Aroa Moreno Durán

© Luis Miguel García, 2014

© Ediciones Planeta Madrid, S. A., 2014

Ediciones Temas de Hoy es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

C/ Josefa Valcárcel, 42, 28027 Madrid

www.temasdehoy.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2014

ISBN: 978-84-9998-414-8

Depósito legal: M. 11.891-2014

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Unigraf, S. L.

Printed in Spain-Impreso en España

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	11
1. Frío en mitad del verano	15
2. Lo que no queríamos escuchar	27
3. Médicos y más médicos	39
4. «¿Podré correr?»	53
5. Los peores días	63
6. Trescientos mil euros	77
7. «¿Volverá la suerte a nuestro lado?»	89
8. Primer viaje a Boston	105
9. La idea de los tapones	121
10. Tapones para Aitana	135
11. «¿Cuántas personas me quieren?»	149
12. Un cambio de aires	161
13. El último viaje a Boston	173
14. El final de esta historia, el principio de otra... ..	183
<i>Agradecimientos</i>	189

1

FRÍO EN MITAD DEL VERANO

Diciembre de 1999

Como todas las tardes, regresaba a casa desde el taller y observaba las viñas y las cimas nevadas del monte Moncayo. Hacía un buen rato que había caído la tarde en la comarca de Tarazona, y en la villa de Malón, de apenas cuatrocientos habitantes, podían distinguirse las primeras ventanas iluminadas y el humo de las chimeneas elevándose hacia el cielo oscuro.

Siempre me ha gustado ese instante en el que vuelvo a casa y me reúno con mi familia. Sin duda, es el mejor momento del día. Isabel preparaba la cena junto a mi suegra y charlaban de cualquier cosa. Isabel me oyó llegar y salió a mi encuentro con una enorme sonrisa.

—¡Hola! —exclamó mientras se acercaba para besarme—. ¿Cómo ha ido el día?

Mi suegra, que ponía la mesa en el salón, también me saludó. Los cinco platos ya estaban colocados: para

mi hijo Aritz, para Josefina y José, los padres de Isabel, para ella y para mí. Aritz tenía seis años, ojos claros y el pelo del mismo color rubio de su madre. Ya estaba sentado a la mesa y empuñaba el tenedor. Su gesto indicaba claramente que tenía hambre.

—¿Cómo está mi chico? —dije al tiempo que le despeinaba levemente el flequillo.

—Muy bien... —contestó. Y me regaló una hermosa sonrisa.

Siempre me he sentido reconfortado cuando estamos todos sentados a la mesa y comenzamos a cenar. Aquella noche estaba muy cansado y, como suele ocurrirme, me quedé dormido en el sofá viendo la televisión. Me desperté sobresaltado y al instante me di cuenta de que era tardísimo. Antes de meterme en nuestro cuarto, me acerqué al de Aritz, que dormía tranquilamente, y le cubrí bien con las mantas. Después me detuve unos segundos en el umbral de la puerta de nuestro dormitorio y contemplé a Isabel, que parecía especialmente feliz aquella noche.

—Me he quedado dormido en el sofá —le dije, mientras ella jugueteaba con un mechón de pelo y se lo colocaba detrás de la oreja.

—Ya lo he visto. Estabas muy tranquilo y no he querido despertarte...

Al momento me pareció que quería decirme algo. Lo vi en el brillo de sus ojos, en su forma de mirarme.

—Isabel, ¿ocurre algo? Te noto un poco rara...

Ella dio unas ligeras palmadas sobre el colchón, invitándome a sentarme a su lado.

—No te preocupes, Miguel. No es nada malo... —Su tono me tranquilizó—. Aritz ya casi tiene siete años —continuó—, y lo que hemos buscado durante tanto tiempo...

—Isabel... —interrumpí.

—Espera, déjame terminar —dijo cogiéndome una mano y apretándola entre las suyas—. Verás, lo que trato de decirte es que... la búsqueda ya ha terminado.

Vi que una lágrima de felicidad caía por su mejilla. Yo también me emocioné y durante unos segundos estuvimos mirándonos con complicidad. Íbamos a ser padres por segunda vez, y apenas era capaz de pronunciar palabra. Al fin me atreví a preguntar:

—¿Estás segura?

—Bueno, solo estoy de una falta, pero lo siento dentro de mí —dijo Isabel—. Hay algo especial que siento aquí dentro.

Permanecimos en silencio varios minutos mirándonos a los ojos, emocionados y satisfechos. Un futuro feliz se acercaba a la familia y estábamos deseosos de vivirlo juntos.

—¿Cuándo vamos a decírselo a Aritz? —pregunté.

—Creo que deberíamos confirmarlo primero nosotros, ¿no te parece? —respondió ella.

—Sí, tienes razón. Mañana a primera hora iré a la farmacia a comprar una prueba de embarazo.

—No, ya he llamado al ginecólogo y tenemos una cita mañana por la mañana.

Ni mi mujer ni yo fuimos capaces de dormir aquella noche. «Por favor, que venga sano», pensaba Isabel.

«Me encantaría que fueran dos a la vez», fantaseaba yo. Dicen que los hombres y las mujeres reaccionan de forma muy diferente ante la noticia de la llegada de un bebé a casa. Mientras la mujer comienza enseguida a sentir algunos síntomas y una especie de intuición maternal le dice que hay algo diferente en ella, muy dentro de ella, su deseo principal es el de que todo vaya bien. Los hombres suelen acercarse a la buena nueva con incredulidad, con sorpresa y alegría. Mi mujer sabía que se enfrentaba por segunda vez a un proceso complejo y a la vez sencillo: el de dar vida a un nuevo ser. Y yo, ajeno al temor, era todo alegría, fantasía y esperanza.

Al día siguiente amaneció nublado sobre Malón, pero mi mujer y yo emprendimos el viaje a Tudela con una luz especial. Me sentía lleno de vitalidad y no dejé de hablar de nimiedades en el coche durante todo el trayecto, que dura una media hora. Isabel, más tranquila que yo, se reía y me miraba. Llevaba una mano apoyada sobre su vientre y su mente estaba concentrada en la confirmación que íbamos a recibir de un momento a otro.

Al fin llegamos a la consulta del ginecólogo —antes de lo previsto— y nos tocó esperar unos minutos. Estuve caminando de un lado a otro de la sala mientras miraba a Isabel de reojo. Ella sonreía, comprendiendo mis nervios y soportando los suyos.

—Buenos días, doctor —le dije al ginecólogo mientras le estrechaba la mano.

—¿Cómo estáis? —preguntó él, al tiempo que nos invitaba con un gesto a que nos sentáramos—. Por lo que veo, Isabel, ayer llamaste porque existe la posibilidad de que estés embarazada...

—Sí, bueno, tengo una falta —dijo Isabel sonriendo.

—¿Te has hecho una prueba de embarazo?

—No, pero ayer me sentí..., no sé, muy extraña. Y enseguida llamé para pedir cita.

El doctor, un hombre serio, de unos cincuenta años, descolgó el teléfono y al momento apareció una enfermera con una pequeña caja y un frasco de plástico.

—Lo primero que haremos —dijo— será una prueba de la beta HCG, que es la hormona que libera el cuerpo cuando se produce el embarazo. Es como un test de los que venden en la farmacia. Enseguida saldremos de dudas.

Diez minutos después la noticia estaba confirmada y mi mujer y yo volvimos a emocionarnos. Isabel esperaba mi felicitación, pero las palabras no me salían. Nos besamos delante del médico, quien, prudentemente, esperó a que pasase el momento de emoción. Nos dijo que la siguiente cita sería la próxima semana, la sexta de embarazo. Por primera vez podríamos ver al pequeño embrión que crecía dentro de Isabel y escucharíamos el tenue latido de su pequeño corazón.

Los días pasaron muy despacio. Mi mujer y yo estábamos impacientes. El día de la cita con el ginecólogo cerré temprano el taller y volví a casa bastante antes de

lo habitual. Isabel estaba ya con el abrigo puesto y el bolso en la mano. Su gesto era serio.

—Llegas tarde —me reprochó en cuanto entré por la puerta.

—No te preocupes, mujer, que llegamos bien —respondí mientras buscaba las llaves del coche—. Aquí están... ¡Venga, vámonos!

Inmediatamente percibí en su forma de respirar que Isabel no se encontraba bien.

—¿Te ocurre algo? —pregunté antes de entrar en el coche.

—Nada. ¡Vámonos! Quiero llegar cuanto antes.

El trayecto se nos hizo interminable. Ella miraba por la ventanilla y no dijo ni una sola palabra. En cuanto entramos en la consulta, Isabel, nerviosa, soltó:

—Buenas tardes, doctor, necesito hablar con usted.

—¿Algún problema? —preguntó el médico.

—Esta mañana he manchado —respondió ella.

La frase cayó sobre mí como un bloque de hormigón. Sentía que el suelo se movía bajo mis pies y me quedé paralizado.

—¿Ha sido abundante? —preguntó el ginecólogo.

—No. Apenas unas gotas. A media mañana he ido al baño a orinar y me di cuenta de que manchaba un poquito.

El doctor se acercó a Isabel, la tomó cariñosamente por el brazo y la condujo hasta la sala de exploración. El médico me indicó con un gesto que fuera tras ellos. Mientras avanzaba pensaba: «Tiene que salir bien. Es un bebé muy deseado, tiene que salir bien»...

—Isabel, es probable que hayas tenido un pequeño desprendimiento de placenta —dijo el médico—. Esto es algo frecuente, así que no os preocupéis, todo saldrá bien.

—¿Debo hacer reposo? —preguntó mi esposa.

—De momento, no. La placenta desprendida debe recuperarse por sí sola. El reposo no influiría en nada. —Isabel bajó los ojos, aturdida y asustada. El médico continuó hablando—: No estoy afirmando nada, aunque si te quedas más tranquila, rebaja un poco tu actividad y trata de descansar un poco más. Pero ahora conozcamos a vuestro hijo.

Por fin Isabel esbozó una sonrisa y me miró. Mientras el ginecólogo pasaba el ecógrafo por el vientre, los dos mirábamos ansiosos el monitor. No distinguíamos nada, solo un borrón en blanco y negro, ondas y varias líneas que atravesaban la pantalla.

—Mirad, este circulito de aquí es vuestro hijo.

Isabel cogió mi mano y la apretó con fuerza cuando vislumbró el diminuto saco de vida que flotaba en la pantalla.

—¿Es solo uno? —pregunté. Isabel me miró sorprendida.

—Sí —respondió el médico—. No me digas que esperabas dos...

Mi mujer me besó la mano con cariño, mientras yo pensaba: «¿Y por qué no?». A fin de cuentas, en mi familia hay antecedentes de gemelos y mellizos.

Esa misma tarde decidimos darle la noticia a Aritz, que, por supuesto, debía ser el primero en saberlo. Esperamos a la mañana siguiente, cuando estaba desayunando, tranquilo, mientras veía unos dibujos animados en la tele. Isabel y yo nos sentamos a su lado.

—Mamá y yo tenemos que decirte algo importante —dije al fin.

Aritz alzó la mirada con cierto temor, mientras buscaba en su cabeza alguna travesura o descuido por el que podríamos regañarlo.

—¿Qué pasa, papá?

Me di cuenta al instante de que Aritz esperaba una regañina, así que intenté tranquilizarlo:

—No has hecho nada, no te preocupes. No es eso. ¡Vas a tener un hermanito!

El niño dejó de comer y fijó sus ojos en la tripa de su madre. Se quedó pensativo unos segundos hasta que al fin preguntó:

—¿Podré jugar con él?

—Por supuesto —respondió Isabel—. Claro que podrás jugar con tu hermano... O con tu hermana.

Pero Aritz ya miraba de nuevo el televisor. La naturalidad con que se tomó la noticia nos dejó boquiabiertos.

Pese a ser un niño sano, Aritz nació con el pie derecho zambo. Esta patología se caracteriza por que, desde antes de nacer, el pie se curva hacia dentro y hacia abajo. Aunque se desconoce la causa, los antecedentes familiares son el principal factor de riesgo. El trastorno se presenta en uno de cada mil bebés, y a Aritz le tocó.

Aquella segunda visita al médico cambió por completo la vida de nuestra familia. Isabel rebajó su ritmo y sus actividades diarias, pues sentía que debía concentrar toda su energía en producir un corazón, un pulmón, un fémur, unos ojos... Ya fuera por instinto o por precaución, decidió descansar y mantenerse lo más tranquila posible. Aparte de eso, el embarazo se desarrolló con aparente normalidad: antojos, náuseas e inesperados cambios de humor. Isabel pasaba de la alegría al llanto sin razón alguna. Aunque a veces llegaba también cierta paranoia. Para descartar posibles malformaciones y calmar sus temores, decidimos hacer unos análisis genéticos en Pamplona, cuyos resultados, positivos y normales, confirmaron que todo seguía su curso normal. Aunque así, también decidimos acudir a una consulta privada en la que nos aseguraron que el embarazo iba bien.

En el mes de julio estábamos ya en la recta final: solo quedaba un mes para el nacimiento de nuestro hijo. Aritz e Isabel bajaban a la piscina todas las mañanas. El niño se encontraba más feliz que nunca; jugaba con sus amigos en el agua mientras su hermanito o hermanita estaba a punto de llegar. Por las tardes, mi esposa y yo salíamos a pasear y nos tomábamos un refresco en alguna terraza del pueblo. El tiempo pasaba despacio. Estábamos inquietos. A Isabel le costaba dormir, se levantaba frecuentemente para ir al baño y las digestiones se le hacían muy pesadas. Yo sabía que estaba preocupada. Pasaba algunas noches en vela, tumbada o sentada en la cama, hasta que llegó el 2 de agosto, una noche

especialmente calurosa. Isabel, empapada en sudor, me despertó.

—Miguel, creo que ya viene...

De pronto caí en la cuenta de la importancia de lo que acababa de escuchar. Me incorporé y miré a Isabel con preocupación.

—¿Estás segura? —pregunté—. Quedan más de dos semanas...

—Sí, creo que sí.

Me levanté de un salto y comencé a abrir y cerrar el armario varias veces sin sentido alguno. Parecía un primerizo y me costaba actuar con normalidad. Al fin me detuve e intenté pensar. Con el jaleo, en mitad de la madrugada, mi suegra, Josefina, también se había despertado y se asomó por la puerta.

—Mamá, creo que ya estoy de parto —le dijo Isabel.

—Tranquila, hija, todo saldrá bien —respondió mi suegra, emocionada, mientras ayudaba a su hija a levantarse.

Logré centrarme y fui en busca de la canastilla que Isabel tenía preparada desde hacía unos días. Salimos rumbo al hospital Reina Sofía de Tudela, que es el más cercano a Malón, donde pasaron a Isabel directamente a monitores: no era una falsa alarma, había llegado el momento. Me dieron una bata para que asistiera al parto. Las contracciones iban y venían, e Isabel se retorció de dolor.

—¡Vamos, Isabel! —gritaba la matrona.

Tras varios empujones, mi mujer juntó todas sus fuerzas y alumbró a una niña preciosa. Cogí la mano de

Isabel entre las mías. Sabía que deseaba hacer una pregunta urgentemente.

—¿Los pies?

Busqué con la mirada los pies de mi hijita y, muy serio, contesté:

—Lo mismo que Aritz.

—No te preocupes —me animó ella—. Ya tenemos la experiencia de su hermano... ¿Dónde está? Quiero verla.

—La están limpiando —le expliqué—. Ahora te la traen.

—Es una niña preciosa. ¿Cómo se llama? —nos preguntó una enfermera.

—Aitana. Lo he elegido yo —respondí.

La pequeña Aitana pesó dos kilos quinientos cuarenta gramos, así que no tuvo que quedarse en la incubadora. Medía solo cuarenta y cinco centímetros. Una niña pequeña que nació algo prematura, pero verdaderamente preciosa, y dormía ajena al mundo al que acababa de llegar. Isabel y yo la mirábamos respirar, calmada, en su cuna.

A las doce de la mañana, un pediatra entró en la habitación de Isabel. Su rostro serio nos puso en alerta.

—Tengo que decirles algo —dijo.

—Que Aitana tiene el pie zambo —me adelanté—. No pasa nada, ya sabemos cómo tratarlo y lo que hay que hacer.

—Además de eso, su hija tiene un soplo en el corazón.

La noticia cayó como un jarro de agua fría sobre nosotros. Aun así, ni por asomo éramos capaces de imaginar el largo camino que nos esperaba a partir de ese momento.